

**COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



LA REVOLUCIÓN INTERIOR LEV TOLSTÓI

SELECCIÓN DE TEXTOS, ENSAYO INTRODUCTORIO
Y EPÍLOGO DE STEFAN ZWEIG

PRÓLOGO DE IVÁN DE LOS RÍOS



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2019

© del prólogo, Iván de los Ríos, 2019

© Stefan Zweig, «Tólstoi, pensador radical», 1937

y «La tumba más bella del mundo», 1928

© de la traducción de estos textos, Iván de los Ríos, 2019

© de la traducción de «El conocimiento de mí mismo» y «Una crítica de mi tiempo», corregidas y revisadas para la ocasión, Eusebio Heras, 2019

© de la traducción de «Filosofía de la historia» y «Lo que mueve a los hombres», Irene Andresco Kuraitis y Laura Andresco Kuraitis, 2011, cedida por Alianza editorial

© de la traducción de «El rey asirio Asarhaddón», Víctor Gallego Ballester, 2006, cedida por Alba Editorial, S.L.U.

© de la traducción de «Tres parábolas», Pero Pérez, corregida y revisada para la ocasión, 2019

© de la traducción de «Nicolás Varapalo», Marta Rebón, 2019

© Errata naturae editores, 2019

C/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-01-7

DEPÓSITO LEGAL: M-41640-2018

CÓDIGO BIC: HP

IMAGEN DE PORTADA: Mercedes DeBellard

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

LA FUGA Y LA FINTA: STEFAN ZWEIG, LECTOR DE TOLSTÓI Iván de los Ríos	7
TOLSTÓI, PENSADOR RADICAL Stefan Zweig	21
EL CONOCIMIENTO DE MÍ MISMO	53
UNA CRÍTICA DE MI TIEMPO	85
FILOSOFÍA DE LA HISTORIA	113
EL REY ASIRIO ASARHADDÓN	125
TRES PARÁBOLAS	137
NICOLÁS VARAPALO	159
LO QUE MUEVE A LOS HOMBRES	179
LA TUMBA MÁS BELLA DEL MUNDO Stefan Zweig	215

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

LA FUGA Y LA FINTA:

STEFAN ZWEIG, LECTOR DE TOLSTÓI

Iván de los Ríos

«La plenitud, por tanto, jamás tiene lugar en lo real, pero el camino del anhelo y de la libertad es infinito y nunca podrá ser hollado, es estrecho y tortuoso como el del sonámbulo».

Hermann Broch, *Esch o la anarquía*

1.

«En nada piensa menos un hombre libre que en la muerte», escribió Spinoza¹. Como si la libertad fuera una victoria. Como si Rilke no hubiera arrojado un verso eterno e insoportable al pie del *Réquiem* por el conde de Kalckreuth: «¿Quién habla de victorias? Sobreponerse es todo». Quien tenga oídos, oiga. Quien tenga oídos y armas y valor para emboscarse oiga sin pestañear al filósofo judío, al poeta alemán y al novelista austriaco cuyo ensayo sobre el conde Tolstói traducimos y presentamos en esta edición. Sobreponerse es todo, sin duda, pero ¿a qué? ¿Sobreponerse a

¹ Se trata de la proposición LXVII del libro IV de su *Ética demostrada según el orden geométrico*, edición de Vidal Peña, Madrid, Tecnos, 1980, pp. 331-332.

qué? ¿A la vida? ¿Al dolor? ¿A la guerra? ¿A la enfermedad? ¿A la muerte? ¿A la quiebra del lenguaje? ¿Sobrepone al fracaso de la belleza y del arte? ¿Remontar, quizá, el hechizo de los maestros?

Uno escribe sobre los otros para hablar siempre de sí mismo. Eso está claro. Lo enseña Ricardo Piglia en cada rincón de sus escritos y en sus últimos diarios. Uno inventa y abusa y devora libros, viajes o cuerpos desnudos como si rastrear el material idóneo para narrar indirectamente su propia existencia. Decir «yo» siempre en tercera persona, como si fuera posible nombrar lo innombrable: «¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora? sin preguntármelo. Decir yo. Sin pensarlo. Llamar a esto preguntas, hipótesis. Ir adelante, llamar a esto ir, llamar a esto adelante»². Hablar de uno mismo en el trazo indirecto de la ficción, en el terreno siempre ajeno del relato, la fábula o la investigación erudita. En este difícil arte de la fuga y la finta, Stefan Zweig fue siempre un maestro. Un maestro de ajedrez, quizá. Un trilerero exquisito que atravesó el pensamiento y la obra de algunas de las máximas figuras de las letras universales con el deseo inconfesable de encontrar en otras vidas fragmentos de sí mismo y reconstruir con ellos un mapa del alma, de Europa y de la vida buena. Escribir sobre los otros para encontrar

² Samuel Beckett, *El innombrable*, Madrid, Alianza, 1995, p. 37.

el camino de vuelta a casa y no morir desterrado. No morir perseguido. No morir derrotado por el demonio que sostiene toda forma de cultura.

2.

Parece que Stefan Zweig (1881-1942) se ajusta como un guante al horizonte cultural que George Steiner delimita con maestría al comienzo de su célebre ensayo sobre Heidegger: una constelación de obras, escritores, filósofos y pensadores que, desde la tonalidad afectiva del derrumbe, elaboran sin ambages un discurso metafísico-poético sobre el caos. Obras voluminosas, violentas, agresivas. Propuestas teóricas y estéticas que reivindican la necesidad de un nuevo comienzo y coquetean con la redención y la Utopía. Libros escritos desde el desamparo con un estilo brutal y el deseo explícito de reventar formalmente los cimientos ideológicos, estéticos y lingüísticos que han vehiculado la ruina de Europa. Zweig pertenece a esa poética del desaliento, sin duda. Pertenece a esa generación de intelectuales y artistas que se quedaron dormidos y ebrios de felicidad en la Viena finisecular del siglo XIX para despertar medio desnudos en una casa abandonada y llena de ratas durante las primeras décadas del siglo XX. Pero lo cierto es que la literatura de Zweig poco tiene que ver con el anhelo de redención de Franz Rosenzweig, el tremendismo de Oswald

Spengler o la torsión conceptual y estilística de Martin Heidegger, por señalar tres de los ejemplos recogidos por Steiner. Más que alzar la voz y agitar los brazos como un filósofo de salón, Zweig va cediendo al desencanto y se hunde lentamente en el fracaso del proyecto ilustrado, en la impotencia del espíritu y la cultura para combatir el horror y en un exilio forzoso y desgarrador que le conducirá a Londres, París, Nueva York, Petrópolis y el suicidio. Un circuito de desgaste. Una lógica del desahucio que hace que el austriaco se parezca más al amigo Hermann Broch y a su último Virgilio: poetas que contemplan su vida exangüe con una mueca extraña e indescifrable; escritores que divisan el hundimiento de la vieja Europa y sus rollizas expectativas con un rictus de gladiador destripado en la arena. ¿Sonríe ese muerto, se pregunta el César? Espectadores del ocaso, mirones, testigos desesperanzados de las paradojas de la modernidad: la razón cartesiana y los infinitos mundos de Bruno; la resurrección del universo grecorromano y la magia del Trimegisto; Montaigne, Pascal, Copérnico, Galileo, Spinoza, Erasmo. La libertad, la soberanía, la democracia. La revolución, la igualdad y las letras. La industria, la técnica y el progreso. Aquel proyecto científico y espiritual que a comienzos del siglo XVII se nos había presentado como una promesa de liberación de las distintas formas de servidumbre religiosa, teológica y política que

han atenazado al animal fantástico durante siglos, revienta en las primeras décadas del siglo XX con las dos grandes guerras, el auge de los fascismos, el ascenso del nazismo y la cosificación industrializada de todos los ángulos de la naturaleza y la vida humana.

György Lukács solía reírse de quienes contemplan el hundimiento, el absurdo y la miseria de toda empresa racional desde la terraza de un hotel de lujo. El «Gran Hotel Abismo»: un recinto lleno de sirvientes y opíparos desayunos emplazado al borde de un precipicio y frecuentado por ilustres inquilinos como Arthur Schopenhauer o los niños ricos de la Escuela de Frankfurt³. Lo que Lukács nunca supo es que, de vez en cuando, disfrazado de mujer, de hombre de negocios o de turista accidental, Stefan Zweig se colaba en el edificio y contemplaba el naufragio de Europa con un cuaderno en la mano izquierda y un frasco de cianuro en la derecha. La literatura y la derrota. La literatura y la muerte. La literatura y el fracaso del arte poético como instrumento de neutralización del horror. Sobreponerse porque nadie nunca sobrevive y porque la vida, como escribió Bolaño, es más jodida que la literatura. Zweig se sienta discreto junto a los niños ricos y comprende de un solo golpe que la belleza no

³ Las referencias a Lukács están recogidas con detalle en el libro de Stuart Jeffries, *Gran Hotel Abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Turner, 2018, pp. 11-12.

es más que una palabra, un espectro y un destello en la tarde. Un fogonazo puntual que nos abrasa la retina mientras leemos el *Infierno* de Dante sentados en la terraza de un hotel pomposo e inexpugnable.

¿En nada piensa menos un hombre libre que en la muerte? El maldito Spinoza planea sobre nosotros como el espíritu del Génesis sobre las aguas, pero Spinoza es una bestia inmortal disfrazada de holandés en el siglo xvii y nosotros un puñado de míseros lectores. Zweig no es Spinoza. Camuflado en la terraza del Gran Hotel Abismo, el pensador austriaco rumia la idea de su propia muerte y se imagina tumbado junto a su esposa en un camastro en el fin del mundo. Le acaricia las manos, el rostro y las mejillas. La besa en los labios. Solloza, quizá, escondido en su cintura antes de ingerir el veneno y, al cerrar los ojos, le parece ver a un anciano fornido adentrándose lentamente en un bosque ruso y diluyéndose para siempre en la bruma de la aurora.

3.

A primera vista, «Tolstói, pensador radical» es un ensayo crítico sobre la vida y la obra de uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos. Eso a primera vista. En cuanto nos detenemos, vemos que es mucho más. Si uno presta atención y recuerda, por ejemplo, que en el año de su redacción (1937) Zweig ya ha

comenzado a vivir como un planeta y a vagar huyendo del nazismo, la vergüenza y el convencimiento de que el Tercer Reich supone el fin de toda vida y la podredumbre de toda escritura, entonces comprenderá que este ensayo —y la antología de textos del escritor ruso que le sigue y que el propio Zweig preparó— es en realidad un proyecto médico. Un gran texto hipocrático. Un fragmento en la historia de la literatura soteriológica que trata de comprender la metamorfosis espiritual y el compromiso político de Lev Tolstói y, de paso, su concepto de la salvación y de la revolución, que no son tan distintas. Literatura terapéutica, entonces, centrada en uno de los términos elementales de la medicina hipocrática: *krisis*. La crisis o el momento decisivo en el que un cuerpo enfermo puede recuperar la salud o colapsar definitivamente y de modo irreversible. Ese instante preciso en que el artista (y no olviden que el médico griego es un artista que domina la técnica curativa) debe intervenir y aplicar su conocimiento de manera eficaz para preservar la vida del cuerpo que sufre. Si uno se detiene a leer el texto de Zweig desde la hipótesis pigliesca de la escritura indirecta, como narración de la propia vida, entonces comprenderá por qué este breve ensayo comienza, crece y se articula en torno a un instante crítico en la vida del novelista ruso: un cataclismo existencial que le conducirá lenta, progresiva y obstinadamente

al *taedium vitae*, el estudio de la teología, la búsqueda de Dios, la crítica del Estado, el anarquismo y la revolución pacífica del alma humana. Zweig lee y antologa a Tolstói no sólo para exponer su proceso de transformación vital o el viraje salvífico de su material narrativo, sino, y quizá incluso en mayor medida, para generar estrategias de inteligibilidad y mecanismos de compensación para la ausencia radical de sentido que se esparce por toda Europa (y que está abrasando su vida en el exilio como un río de lava incandescente).

Me gusta pensar que, en plena desesperación, en lo más hondo de una angustia insoportable que sus amigos neoyorquinos denominaban «síndrome de la mujer de Lot», Zweig escribió sobre el maestro ruso para aguantar un poco más. Para no mirar atrás en su camino de huida y contemplar la ruina de Sodoma. Para demorar acaso un solo instante la petrificación salina y el suicidio en una cama en América del Sur. Si uno lee la carta redactada por Zweig antes de morir, entiende con claridad el puente que une y a la vez separa a ambos intelectuales, el camino empedrado que hermana el desasosiego y, por tanto, la literatura de Zweig con las inquietudes filosóficas y religiosas de Tolstói:

Declaración.

Por mi propia voluntad y en plena lucidez.

Cada día he aprendido a amar más este país, y no habría reconstruido mi vida en ningún otro lugar después de que el mundo de mi propia lengua se hundiese y se perdiese para mí, y mi patria espiritual, Europa, se destruyese a sí misma. Pero comenzar todo de nuevo cuando uno ha cumplido sesenta años requiere fuerzas inusuales, y mi propia fuerza se ha gastado al cabo de años de andanzas sin hogar. Prefiero, pues, poner fin a mi vida en el momento apropiado, erguido, como un hombre cuyo trabajo cultural siempre ha sido su felicidad más pura y su libertad personal, su más preciada posesión en esta tierra. Mando saludos a todos mis amigos. Ojalá vivan para ver el amanecer tras esta larga noche. Yo, que soy muy impaciente, me voy antes que ellos.

Stefan Zweig,

Petrópolis, 22 de febrero de 1942

La impaciencia de Zweig es la clave hermenéutica que nos permite comprender su interés por Tolstói y el relato que nos espera en este puñado de textos: un viaje narrado con intensidad y sin devoción que describe el pasaje del artista ruso desde la plenitud, la riqueza y la fama internacional hasta las cimas de la desesperación, la búsqueda de lo sagrado y de la autenticidad de la existencia. Una aventura desgarradora en la que Zweig nos muestra a un hombre

poderoso que inicia una peligrosa y enérgica exploración del sentido último de todas las cosas. Peligrosa, porque el ser humano, en efecto, no es más que una cuerda tendida sobre un abismo. Enérgica, porque en el proceso de inmersión en las escrituras sagradas Tolstói descubre y desprecia con vehemencia la repugnante hipocresía de la historia del cristianismo y de sus practicantes. Un rechazo visceral que le abrirá las puertas de esa pregunta socrática a la que, antes o después, todos debemos enfrentarnos: ¿cómo vivir? ¿Cómo vivir con uno mismo y con los demás?

A través de su ensayo y de su antología, Zweig dibuja con belleza y precisión la historia desesperada de un hombre que parte su vida en dos, se arroja al precipicio de la fe y descubre, hacia el final de su vida, que no hay forma de existencia más excelsa que la beatitud construida en el interior del alma humana mediante una revolución pacífica y moral. Y que las diversas configuraciones del poder establecido están articuladas en torno a la injusticia, la promoción de la desigualdad y el enriquecimiento de las élites en el marco de la más diabólica de las formas del poder fáctico: el Estado. Zweig nos cuenta la historia de un exilio interior, de una promesa de salvación y de un programa de transformación política mediante el cultivo del espíritu y de la conciencia moral. Y es aquí, en última instancia, donde el escritor

austriaco se muestra implacable con Tolstói: Zweig, cuyo exilio no sólo fue interior; Zweig, que apenas puede comprender la palabra «salvación» tras el naufragio de la condición humana y la impotencia del arte; Zweig, lector de Tolstói e incapaz de esperar un nuevo amanecer porque todo amanecer anuncia una y otra vez la perspectiva del ocaso. El hombre adinerado que debe abandonar su patria, su lengua y sus tradiciones tras la muerte de los valores occidentales, el triunfo de la guerra y el ascenso del nazismo, niega durante un instante negro y apenas audible la esperanza tolstoiana en un futuro mejor. Quizá entre los amigos mencionados al final de su carta estuvieran también los muertos, los maestros antiguos y los difuntos: el viejo Tolstói enterrado en mitad de un bosque ruso y abrazado con fuerza espectral a la promesa de un nuevo amanecer y al júbilo del porvenir, la paz soberana y el entendimiento mutuo.